

DESAFECCIÓN POLÍTICA: UNA PROPUESTA DE RECONCEPTUALIZACIÓN

POLITICAL DISAFFECTION: A RECONCEPTUALIZATION PROPOSAL

Adrián Megías

Universidad de Almería, Almería, España
amegias@ual.es

Cristina Moreno

Universidad de Murcia, Murcia, España
cmoreno@um.es

F. Ramón Villaplana

Universidades de Murcia y de Valencia, España
rvillaplana@um.es

Recibido: septiembre de 2024

Aceptado: octubre de 2024

Palabras clave: desafección política; actitudes políticas; cambio actitudinal; cultura política; teoría política
Keywords: political disaffection; political attitudes; attitudinal change; political culture; political theory

Resumen: La desafección política ha emergido como un fenómeno central en el panorama político contemporáneo, requiriendo una reevaluación exhaustiva y sistemática. En este contexto, este estudio propone una reconceptualización del término, abordando aspectos teóricos y metodológicos cruciales identificados a través de un análisis exhaustivo de la literatura reciente. Reflexionamos sobre la configuración multidimensional de la desafección política y cómo las emociones podrían desempeñar un papel fundamental en la configuración de esta actitud, arrojando luz sobre otros fenómenos, como la creciente polarización política. Nuestro estudio destaca la necesidad de integrar diversos elementos en la medición y análisis de la desafección política, aportando así una visión más completa y matizada de este fenómeno crucial en la ciencia política contemporánea.

Abstract: Political disaffection has emerged as a central phenomenon in the contemporary political landscape, requiring a comprehensive and systematic reassessment. In this context, this study proposes a reconceptualization of the term, addressing crucial theoretical and methodological aspects

identified through an exhaustive analysis of recent literature. We reflect on the multidimensional configuration of political disaffection and how emotions could play a fundamental role in shaping this attitude, shedding light on other phenomena, such as growing political polarization. Our study highlights the need to integrate various elements in the measurement and analysis of political disaffection, thus providing a more complete and nuanced vision of this crucial phenomenon in contemporary political science.

1. Introducción

La desafección política se ha convertido en uno de los nudos gordianos de la política actual y de su estudio, por lo que, en tanto que actitud de rechazo y alejamiento hacia la misma, merece tanto una revisión, como un replanteamiento sistemático.

En este sentido, la desafección se ha concebido como una de las actitudes negativas hacia la política más extendidas. Entendida como el sentimiento negativo hacia los políticos, la política y sus procesos, y hacia un sistema incapaz de hacer frente a las demandas y necesidades de los ciudadanos, la desafección sería una actitud cuyo resurgir respondería al actual clima en el que el funcionamiento de las democracias se encuentra en entredicho. Al periodo de euforia democrática capitalista le siguió una percepción generalizada de que las instituciones democráticas no estarían cumpliendo con los resultados esperados, ni atendiendo a las necesidades, intereses y demandas de la ciudadanía, a lo que cabría sumar uno de los aspectos más controvertidos de las actuales democracias: el alejamiento entre ciudadanía y clase política (Megías, 2018, 2020a; Megías y Moreno, 2022)

Sin embargo, estos sentimientos de desconfianza y alejamiento hacia la política y sus representantes no son algo nuevo, ni como objeto de investigación, ni como rasgos característicos en la cultura política de las sociedades occidentales. Si bien los primeros estudios datan de los años cincuenta del siglo pasado (Gamson, 1968), lo que realmente resulta novedoso es la utilización habitual de la desafección política como un tópico conversacional. Nos referimos a la utilización del término en el ámbito cotidiano como si fuera unívoco y no precisara de análisis.

El análisis de los medios de comunicación, ya sea a través de la lectura de periódicos, la consulta de sus secciones de opinión, la visualización de informativos y programas de debate, o la participación en redes sociales y conversaciones cotidianas, revela una creciente distancia de la ciudadanía respecto a la clase política. Este distanciamiento se manifiesta en actitudes que combinan un creciente malestar y hostilidad, junto con una percepción generalizada de que el sistema político es incapaz de atender de manera eficaz las demandas y necesidades de la población.

Las movilizaciones del 15M¹ en España, Occupy Wall Street en EE.UU, los “indig-

¹ Las movilizaciones del 15M no solo fueron únicas de los indignados, sino que “*data recorded among general population in Spain, between*

nados” en Grecia, pero también en Roma, Londres, Berlín o, más recientemente, los “chalecos amarillos” en Francia, no son sino ejemplos de este distanciamiento traducido en incompreensión, incluso en un sentimiento de lo que se percibe como utilización electoral de la ciudadanía en periodos de elecciones.

En este contexto, la presente investigación busca no solo clarificar qué se entiende por desafección política, sino también ofrecer un marco renovado y exhaustivo para su comprensión. Partiendo de un riguroso recorrido teórico (donde se hará hincapié en las distintas explicaciones que se ha dado al fenómeno y a sus dimensiones), se desarrollará una propuesta de reconceptualización que aspira a redefinir su estudio. Se hará especial énfasis en los aspectos teóricos y metodológicos que, a la luz de los avances más recientes en la investigación, resultan fundamentales para una medición y análisis más precisas del fenómeno.

2. Cambio actitudinal

Cualquier acercamiento que se haga sobre actitudes y, consecuentemente, sobre las percepciones subjetivas sobre la política (Galais, 2008), hace necesario un retorno sobre los estudios de cultura política y el cambio actitudinal, en cuanto antecedente teórico básico de la desafección.

2011 and 2013, confirm a wide support for the 15-M: three out of every four citizens sympathize with its arguments and one in every two agree with its protest strategies (...). In a restricted view, the 15-M functions as a vehicle to confront specific problems derived from the economic crisis or political corruption” (Sampedro y Lobera, 2014: 15).

Desarrollado en origen por Almond y Verba (1989, 1970), el concepto de cultura política hace referencia al conjunto de actitudes, creencias, pautas y valores compartidos ampliamente en una sociedad, estableciendo, a su vez, modelos y límites a la conducta de los ciudadanos.

Al margen de su utilidad para entender las actitudes ciudadanas hacia el sistema político, la construcción teórica de la cultura política pronto afrontó problemas a la hora de explicar el cambio actitudinal. Fruto de los procesos de socialización primaria, las actitudes/cultura se aprenden y quedan enraizadas en la conciencia de los individuos de forma temprana, primando sobre experiencias posteriores, lo que las haría resistentes al cambio. Debido a su concepción intrínsecamente estática, estas teorías derivadas del funcionalismo se mostraron incapaces de explicar los cambios en las actitudes en el corto y medio plazo (Eckstein, 1988; Galais, 2008). Se trata, en consecuencia, de un modelo que se ha denominado culturalista, dado que la cultura política se convierte en una variable independiente a la hora de explicar tanto los cambios de actitudes, como la estabilidad de las democracias². Frente a esta posición del enfoque culturalista³,

² A este respecto destaca Putnam (2011), para quien las causas de la cultura política residen en la tradición histórica de las sociedades. De hecho, en su teoría del capital social explica que las diferencias de este capital son el resultado de trayectorias históricas divergentes entre las regiones del Norte y Sur de Italia.

³ Debido a las dificultades que este enfoque presentaba para explicar los cambios, Eckstein (1988) desarrolló en *Una teoría culturalista del cambio político*, una explicación congruente con los postulados culturalistas. Eckstein consideraba dos tipos de cambios culturales: los que surgen de un modo natural por cambios en las situaciones estructurales, y los resultantes de intentos

se contraponen las teorías de la elección racional, según las cuales los individuos, maximizando su utilidad, reducirían sus decisiones a un cálculo coste-beneficio de modo que la cultura quedaría relegada a una posición secundaria al tratar de explicar cualquier comportamiento político (Downs y Merino, 1973). En otras palabras, se ha transitado de una perspectiva teórica en la que la cultura se concebía como un elemento primordial de origen histórico, caracterizado por su estabilidad y resistencia al cambio, hacia una explicación teórica que otorga un peso desmesurado a la influencia del interés individual y su cálculo racional, determinado por las circunstancias en las que se desenvuelve la ciudadanía.

Ambos enfoques —culturalista y racional— han sido objeto de críticas. El primero, por sus debilidades al dar cuenta de los cambios que se producen en las actitudes y la cultura política de un país; el segundo, por su relativismo a la hora de construir explicaciones *ad hoc* para los cambios en los comportamientos. Quedaba por tanto pendiente explicar cómo y por qué se producían el cambio de actitudes y de cultura.

Esta labor fue abordada por las teorías intermedias del racionalismo cultural (Wildavsky, 1987), las cuales proporcionaron un enfoque pluralista sobre el cambio actitudinal. Dado que las actitudes están influenciadas por las evaluaciones del entorno político y las experiencias participativas, o dicho de otro modo, en tanto que los cambios actitudinales se producen en un contexto político, social y económico

deliberados por cambiar los comportamientos políticos. Su tesis del cambio se basó en la posibilidad de los cambios mediante la socialización acumulativa.

marcado por la inestabilidad y la crisis, se generarían simultáneamente procesos de resocialización en la vida adulta y nuevos cálculos de utilidad. Estos factores conducirían a transformaciones en las actitudes y, en el caso que nos ocupa, en la desafección política —manifestándose, por ejemplo, en la reevaluación de los costes de interesarse y participar en la política, así como en un aumento de la implicación política.

3. Marco teórico clásico

La recurrente utilización del concepto de desafección por parte de múltiples actores e investigadores, así como el hecho de que la desafección política más que ser una definición de una actitud, constituye un conjunto de medidas, ha creado un espacio difuso, de indefinición, que obliga a trabajar en una conceptualización clara del mismo. Utilizando un símil médico, podría decirse que el concepto de desafección política es semejante al de *salud*. Al igual que para el campo de la medicina resulta difícil establecer una definición sobre lo que es la salud, y por ello se han establecido una serie de indicadores y pruebas que facilitan su medición, en el ámbito de la ciencia política se han utilizado parámetros para identificar un fenómeno de apatía, falta de confianza y alejamiento político.

Concretamente, en el caso de la desafección política, el concepto remite tanto a la cultura política *almondiana*, a la que se ha hecho referencia, como a los estudios de actitudes ciudadanas hacia diversos objetos políticos⁴. Mención especial en

4 La cultura política es un fenómeno multidimensional. Pese a ello, los vínculos existentes

este punto requiere Easton. La publicación de *A systems analysis of social life* (Easton, 1965) dio inicio al estudio de un fenómeno conocido a partir de entonces como apoyo político —“*la forma en la que un individuo se orienta evaluativamente hacia un objeto a través de sus actitudes o su comportamiento*”(Easton, 1975: 436)—. Easton distinguió este concepto en dos dimensiones: apoyo específico y apoyo difuso. El apoyo específico se basa en la satisfacción de los ciudadanos respecto al cumplimiento de sus expectativas por parte de las autoridades, mientras que el apoyo difuso es una tendencia que se consolida a lo largo del tiempo y está profundamente arraigada en la estructura valorativa de una sociedad. Este último refleja, en términos de Easton (1975: 444), una “reserva de actitudes favorables” hacia el sistema, independientemente de la evaluación positiva o negativa de las autoridades. A grandes rasgos, detrás del apoyo difuso estaría el concepto de legitimidad del sistema, mientras que detrás del apoyo específico estaría el concepto de “performance” o resultados del sistema político⁵.

entre sus distintas dimensiones no han recibido la atención que merecen. La mayoría de los estudios sobre este tema ha señalado, siguiendo a Almond y Verba (1963) implícita o explícitamente, que los diferentes conjuntos de actitudes deben seguir pautas coherentes y consistentes. Esta premisa ha tenido importantes consecuencias para nuestra comprensión de la cultura política en general, y más particularmente de las actitudes hacia el sistema político (Montero et al., 1998).

5 Cada vez es más común en las democracias occidentales encontrar ciudadanos que, pese a presentar altos niveles de apoyo al sistema político, se muestran críticos con los resultados de dicho sistema o con las autoridades que ocupan los puestos de gobierno. Estos ciudadanos son, en términos de Klingemann (1998: 5) los “dissatis-

Como todo estudio de ciencia política —y la desafección no constituye una excepción— estamos ante fenómenos multi-causales y multidimensionales. La multidimensionalidad del “*political support*” obliga a situarlo en relación a objetos concretos, especificando cuál es el objeto de la actitud que buscamos medir en un momento concreto (Abad Cisneros y Trak, 2013). Dicho de otro modo, el apoyo político, en tanto que actitud hacia la política, se subdivide en varias dimensiones (más o menos según cada autor) y, cada dimensión, en sub-dimensiones. Para Montero et al. (1998), por ejemplo, el apoyo a la democracia se divide en tres dimensiones: legitimidad, descontento y desafección. A raíz de este estudio se comienza a considerar la desafección como un componente diferenciado y separado de otras dimensiones actitudinales, tales como la legitimidad, el apoyo y la confianza hacia la democracia. La principal hipótesis que mantenían estos autores era que la legitimidad democrática, el descontento y la desafección políticas eran dimensiones conceptual y empíricamente distintas. A través de un análisis factorial en el que se incluyeron indicadores para cada una de estas dimensiones, comprobaron cómo, efectivamente, las tres dimensiones eran diferentes.

También Norris (1999) prestaría atención al estudio de actitudes políticas, centrándose en el apoyo político. Si bien parece que las dimensiones actitudinales de Norris (1999) por una parte, y las de Mon-

fied democrats” o, en términos de Norris (2011) los “critical citizens”. La forma de combinar y entender las actitudes de la ciudadanía, hacia su sistema político, así como sus implicaciones, consecuencias y determinantes, se sitúan en el punto central del apoyo político como objeto de estudio.

tero et al. (1998) por otra, son dispares, una atención más detallada a sus investigaciones revela una propuesta de estudio semejante. Estas investigaciones dieron inicio a una sucesión de estudios sobre la desafección política que apuntan a la importancia de este fenómeno para la democracia. La desafección se relacionaría así con una serie de actitudes negativas focalizadas hacia el sistema político; o como diría Di Palma (1970), se manifiesta en un cierto alejamiento o desapego de la ciudadanía con respecto a su sistema político, suponiendo un “sensible alejamiento de los ciudadanos respecto a sus representantes, el desasosiego y la desesperanza en torno al futuro y, seguramente, la puesta en cuestión de algunas convicciones y valores sociales(...)” (Ortiz y Embid, 2010: 7, en Megías, 2018: 43).

Por lo tanto, estas actitudes afectivas o evaluativas, de apego o desapego, pueden dirigir nuestros estudios hacia aquellos aspectos que determinan en qué medida la ciudadanía muestra interés en la política, ya sea en sus valoraciones sobre las instituciones, la labor del gobierno, los actores políticos, o el grado en que los individuos perciben ser tomados en cuenta. A su vez, estas actitudes revelan cuánto se sienten los ciudadanos parte del proceso y si tienen una predisposición a participar en él. De esta forma, cuando en una sociedad prevalecen actitudes negativas hacia la política, se suele emplear el término “desafección política”. Concretamente, por desafección política entendemos el sentimiento subjetivo de ineficacia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, los políticos y las instituciones democráticas, pero sin que ello implique cuestionar la legitimidad del régimen político (Torcal, 2000). O lo que es lo mismo, una valoración negativa de

los políticos y las instituciones, pero bajo el convencimiento de que la democracia —y sus procesos— son insuficientes, bastante mejorables, confirmando aquello de que la democracia es un mal sistema de gobierno, pero el mejor inventado hasta la fecha. La misma idea se desprende de otras definiciones que hablan de “la existencia de un apoyo mayoritario de los ciudadanos a sus regímenes democráticos (...) junto con una falta de confianza en las instituciones, un alejamiento de la política, un sentimiento de incapacidad de poder influir en el sistema y de que el sistema, a su vez, responda a las demandas de los ciudadanos” (Torcal, 2000: 1).

Si nos fijamos con detalle en la definición anterior, se observan, en términos de Almond y Verba, dos dimensiones: una afectiva con un fuerte contenido psicológico, y otra evaluativa. Por ello este constructo teórico ha sido operacionalizado tradicionalmente a través de dos dimensiones: desafección institucional y desapego político (Torcal y Montero, 2006). La primera hace referencia a los sentimientos de desconfianza hacia los representantes políticos y las instituciones, así como a su capacidad de respuesta. La segunda se refiere al distanciamiento, cansancio, hastío y falta de interés de la ciudadanía en la política, sin olvidar la propia autoevaluación de los individuos como actores políticos. Cada una de ellas se divide a su vez en dos subdimensiones. La Tabla 1 recoge la configuración de las mismas.

Vista su composición, quedarían pendientes sus principales variables explicativas. El abanico de explicaciones sobre la desafección política puede agruparse en torno a tres grandes grupos teóricos: teorías económicas, políticas y socioculturales (Nye, Zelikow, y King, 1997; Torcal,

Desapego Político	Interés por la Política	Nivel de curiosidad que la política suscita en los ciudadanos.
	Eficacia Política Interna	Constituye el grado en que el ciudadano siente que entiende la política y, en última instancia, puede influir o participar en ella.
Desafección Institucional	Confianza en las Instituciones	Grado en que los individuos confían en una serie de instituciones políticas.
	Eficacia Política Externa	Hace referencia a la percepción de receptividad, capacidad de respuesta o sensibilidad de los políticos y de las instituciones respecto de las demandas ciudadanas.

Tabla I. Dimensiones y subdimensiones de la desafección política. Fuente: Elaboración Propia, a partir de Torcal y Montero (2006).

	Autores principales
Teorías sociales y culturales	Torcal (2006); Inglehart (1977); Lerner (1958); Lipset (1960)
Teorías políticas, de desempeño gubernamental	Norris (1999); Morlino y Tarchi (1996); Pharr y Putnam (2000); Del-Castillo-Feito, Cachón-Rodríguez, y Paz-Gil, 2022
Teorías económicas	Clarke, Dutt, y Kornberg (1993); Catterberg y Moreno (2006); Polavieja (2013)

Cuadro I. Principales teorías y autores acerca del origen de la desafección política. Fuente: Elaboración Propia.

2006). Las teorías económicas establecen una relación entre los logros económicos del gobierno y el desarrollo económico del país con los distintos niveles de desafección política. Por otro lado, las teorías políticas vinculan el desempeño gubernamental con los factores institucionales. Finalmente, las teorías socioculturales buscan explicar la desafección política en función del grado de desarrollo social alcanzado. El cuadro 1 presenta un resumen de las teorías, junto con sus principales autores de referencia.

3.1. Desafección y desempeño político

Las teorías políticas sobre el origen de la desafección hacen hincapié en los llamados factores institucionales. Según estos estudios, el aumento de la desafección se puede atribuir a la naturaleza del sistema de partidos, a la inestabilidad de los gobiernos, al tipo de sistema institucional, el grado de desarrollo de los derechos civiles y libertades, o la falta de rotación de los

partidos en el gobierno (Torcal, 2006). En definitiva, se atribuyen a aquellos elementos que componen los distintos modelos de democracia (Lijphart, 2000) y que ayudarían a explicar los distintos niveles de desafección observada entre países. La desafección política presente en cada nación diferirá en función de sus características particulares, desde los modelos mayoritarios o consensuales, hasta el sistema electoral, pasando por la división de poderes en función del contraste federal-unitario, o del modelo centralizado-descentralizado. Con todo, estas explicaciones políticas se mostrarían incapaces de explicar la desafección política en el tiempo, salvo que se produjesen cambios continuos en los sistemas políticos de los diferentes países.

Junto a las teorías políticas, las teorías de desempeño del gobierno hacen referencia a la disparidad o brecha entre las expectativas políticas de los ciudadanos y los objetivos y logros alcanzados por el gobierno⁶. Cuanto más se expande el rol del Estado en el fomento y prestación de bienestar, mayores son las demandas ciudadanas hacia los estados, y mayores dificultades tienen éstos para conocer las mismas, produciéndose una privación relativa y una brecha entre las expectativas de unos y la satisfacción que ofrecen los otros.

Aun teniendo en cuenta lo anterior, otro factor que podría explicar el incremento de la desafección no es tanto el incremento de las demandas ciudadanas hacia el Estado, sino la consecuencia de ideologías neoliberales que emplean como ex-

6 Susan J Pharr (2000) distinguía dos dimensiones del liderazgo: el desempeño político y la conducta en el cargo.

cusatio la crisis económica para el desmantelamiento del estado de bienestar.

En relación con esto último, no podemos olvidar las teorías que relacionan la desafección con el incremento de los casos de corrupción. El rendimiento político se ve afectado por la corrupción y, en especial, por la consiguiente quiebra de fidelidad entre representantes y representados, pues estos últimos evalúan a los primeros de acuerdo con su desempeño, siendo la corrupción y la emergencia de escándalos políticos el reflejo de una baja eficiencia, eficacia y una pésima administración de los recursos públicos; lo que explicaría en gran medida la desafección y la falta de confianza (Villoria, 2006; Jiménez, 2016).

Pero la desafección no solo se explicaría políticamente por el desempeño de los gobiernos o su conducta en el cargo, sino por las teorías relacionadas con la polarización y el etiquetaje. Un ejemplo lo ilustra la teoría de King (1997), para quien la Guerra Fría fue “una especie de pegamento que mantuvo a la opinión pública junta”, de modo que al final de la misma y al no tener un enemigo contra el que identificarse, la ciudadanía dejó de prestar su apoyo a los gobiernos, decayendo su confianza en los mismos —algo que se identifica con la teoría amigo-enemigo de Carl Schmitt y del etiquetaje de Tajtfel⁷—. Este mismo autor también sostiene que

7 Carl Schmitt explicitó la idea amigo-enemigo en 1932, en su obra *El concepto de lo político*. Para Tajtfel el sentimiento de pertenencia de un individuo al grupo afecta a la posterior interpretación de situaciones intergrupales. Este sentimiento provoca que el individuo actúe motivado por la promoción del propio grupo y, además, la ideología del grupo justifica comportamientos agresivos de sus miembros orientados a beneficiar a su grupo (Tajtfel, 1984; Tajtfel y Turner, 1986).

la desafección se encontraría en estrecha relación con la polarización política, en tanto en cuanto la política de la polarización es una política de desconfianza. Ciertamente, porque los partidos al polarizarse se alejan de la mayoría de los votantes —que se sitúa en gran medida en el centro de la escala ideológica—, olvidándose de sus preocupaciones.

3.2. Economía y desafección

La literatura sobre las posibles causas de la desafección política está plagada de teorías que ponen el foco sobre la economía, pero también está llena de afirmaciones que las contradicen, especialmente porque estas teorías serían incapaces de explicar por qué en periodos de crecimiento económico la confianza política, el interés o la eficacia no mejoran en paralelo a la mejora de la economía.

El origen de la desafección se encontraría, desde esta perspectiva, en factores relacionados con la economía, de forma que la popularidad de los gobiernos dependería de variables macroeconómicas básicas como el crecimiento de los ingresos, el desempleo y la inflación (Alesina y Wacziarg, 2000). En cierto sentido, se relacionan con las anteriores teorías del rendimiento gubernamental, pero con la salvedad de que ahora hacen referencia al desempeño y consecución de logros económicos por parte del gobierno. Ya en 1999 Miller y Listhaug compararon la relación entre confianza institucional y desempeño económico del gobierno —con base en varios indicadores como inflación, desempleo y déficit— y concluyeron que el único indicador de desempeño que vinculaba la relación era el déficit gubernamental medido como por-

centaje del PIB, considerando al gobierno como el responsable del estado de la economía (Alesina; Wacziarg, 2000). Esto es lo que algunos autores llaman culpa (*blame*). Así, se suele buscar en otros —fundamentalmente el gobierno, los ricos, los pobres o los inmigrantes— a los culpables de la situación. En este caso, se ve al gobierno como responsable del bajo crecimiento y del incremento de la desigualdad y, como resultado, se le considera parte del problema, en lugar de hacerlo de la solución. Por consiguiente, es probable que la economía tenga algo que decir sobre la desafección política. Sin embargo, “este grupo de explicaciones económicas no es ampliamente aceptado. La correlación existente entre factores socioeconómicos y la evolución de la confianza institucional no sólo es cuestionable, o al menos empíricamente discutible (McAllister, 1999: 201; Clarke, Dutt y Kornberg, 1993: 1015), sino que además parece claro que los decrecientes niveles de confianza en los países industrializados no se corresponde en el tiempo con el periodo de deterioro económico de los años setenta y ochenta (Lawrence, 1997: 113)” (en Torcal, 2006: 8). Pareciera por tanto que la desafección política, en general, es estable en el tiempo, y la confianza en particular, un fenómeno generalizado (Lawrence, 1997). Sin embargo, como veremos más adelante, difícilmente puede hablarse de un fenómeno estable y generalizado.

3.3. El enfoque social y cultural de la desafección

Dentro de este grupo de teorías se conjugan dos tipos de hipótesis, una propia del mundo sociológico, y otra de la teoría

política: la teoría de la modernización, y la teoría de la nueva política (conocida como nueva cultura política) cuyos marcos interpretativos se desarrollan en el contexto de la modernidad y del cambio de valores. De manera esencial estas teorías encuentran su base en la dicotomía tradicional-moderno de las sociedades, donde las segundas se definen por contraposición a las primeras⁸.

La postmodernización ha supuesto un declive de la confianza en el gobierno y una quiebra de la autoridad tradicional, un paso de la racionalidad instrumental propia de un sistema de escasez y de la modernidad, a un énfasis más profundo en lo inmaterial, los valores y actitudes democráticos, participativos, de redistribución, una defensa de mayores derechos y, finalmente, un énfasis en la calidad de vida (Catterberg y Moreno, 2006; Inglehart y Welzel, 2006). Todo ello tiene su forma característica de conjugarse con la desafección política. El cambio de valores que se produce con el paso de la modernidad a la posmodernidad lleva aparejado un cambio en las actitudes hacia la política —relacionado con el paso de valores de supervivencia a valores centrados en la calidad de vida—. Aquí entran en escena tanto el incremento de las demandas hacia el sistema, como la quiebra de la autoridad tradicional, que se encuentran intrínsecamente relacionadas.

Por un lado, el cambio cultural produce un paso de lo material —fruto de la preocupación material por la supervivencia— a lo inmaterial —toda vez que la supervivencia está garantizada. Los valores postmaterialistas enfatizan objetivos-valores como libertad individual, calidad de vida, liber-

8 Véase, en general, los trabajos de Weber y Parsons, sin olvidar Habermas (1994).

tad de elección, mayor auto-expresión y mayores demandas de participación, todo lo cual tiene implicaciones para el sistema político⁹. El postmaterialismo representa claramente una crítica al orden político establecido. Los postmaterialistas y sus defensores han señalado las tendencias corporativistas de las estructuras políticas contemporáneas, así como la falta de representación de minorías y grupos alternativos. Como resultado, existe un consenso general en que los postmaterialistas tienden a mostrar menor confianza en los políticos y en el gobierno (Dalton, 2000). De esta forma, los jóvenes más educados y poseedores de valores postmodernos demandan a sus gobiernos políticas diferentes a las tradicionales: derechos de las minorías, mayor participación, protección del medio ambiente o elección de estilos de vida (Inglehart y Welzel, 2006). Así, los cambios de valores expanden los límites de la política provocando en los Estados una sobrecarga como consecuencia de la tarea de provisión de nuevos derechos y medios materiales para su ejecución; lo cual conecta con la brecha entre representantes y representados en lo referente a la evaluación del desempeño de los gobiernos, existiendo en muchos casos una disparidad entre lo que se espera y lo que se obtiene, siendo la consecuencia última un descenso de la confianza o de la eficacia política externa. No obstante, también hay quien como Dalton (2000: 266)¹⁰ rechaza estas afirmaciones soste-

9 Pero también se están produciendo cambios en otros aspectos de la vida que van desde la orientación sexual, pasando por la religión, e incluso el divorcio, como consecuencia del surgimiento de nuevos valores y estilos de vida (Inglehart, 1991, 1998, 1971, 2005).

10 Dalton (2000: 265) afirma específicamente que lo que debe debatirse no es el incremento

niendo que el cambio de valores es eso, un cambio de preferencias y/o expectativas, y que en ningún caso supone una presión para que los Estados expandan su actividad.

Por otro lado, si bien las explicaciones dadas recaen con bastante fuerza sobre la cuestión del rendimiento, estas son solo una parte de la historia (Inglehart y Welzel, 2006a). Algunos como Orren (1997) e Inglehart y Welzel (2006) ya afirmaban que, si bien el desempeño político influye en las evaluaciones de la ciudadanía, no debe perderse de vista que el desempeño siempre se evalúa de acuerdo a unos estándares interiorizados.

De acuerdo con las tesis de Inglehart, en la medida en que el desarrollo económico conduce a altos niveles de seguridad existencial, se reduce la tendencia a defender la autoridad, mientras que, al contrario, las condiciones de inseguridad dan lugar a una tendencia a la búsqueda de líderes autoritarios fuertes. Igualmente, se ha demostrado que algunos segmentos de la población están dispuestos a aprobar el comportamiento autoritario si ello les reporta beneficios políticos (Saikkonen y Christensen, 2023). Consecuentemente, cada vez son más frecuentes —desde la crisis de 2008— la aparición de fenómenos de reflejo autoritario¹¹ cuya respuesta

de la actividad del estado, que es todo un hecho, sino la responsabilidad del público para el incremento de las demandas hechas sobre el gobierno, y específicamente la idea de que los valores post-materialistas son una fuerza conductora de estos desarrollos.

11 Inglehart (2000: 49-50) llama reflejo autoritario al fenómeno de gran inseguridad que se produce en las sociedades que experimentan una crisis histórica. En concreto, en sociedades post-modernas y seculares la inseguridad llevaría a la adulación de grandes líderes que puedan dirigir

podría haber culminado en la aparición de movimientos populistas en una gran variedad de países occidentales¹²: Estados Unidos, Francia, España, Reino Unido, Suiza, Alemania, Dinamarca e Italia.

Finalmente, también hay quienes sostienen que la desafección política también podría ser fruto de otras explicaciones socioculturales, en concreto, podía venir causada por la historia democrática pasada (Torcal, 2006). La herencia cultural de una sociedad influye en los valores contemporáneos de la misma (Inglehart, 2005) y no sólo sería producto del desarrollo económico y del cambio de valores consecutivo. La socialización política y las experiencias del pasado bajo periodos de crisis y eventos políticos específicos influye en la formación de actitudes políticas y también lo hará en la evaluación ciudadana sobre el desempeño político y sobre su confianza en las instituciones. Si bien Torcal (2006) lo vinculaba a la existencia de diferentes niveles de desafección entre democracias consolidadas y recientes, nada impide pensar, por ejemplo, que la experiencia desencadenada por la crisis económica, social y política en los más jóvenes tendrá en un futuro algo que decir acerca de la desafección.

al pueblo a un terreno seguro después del colapso político y económico.

12 La hipótesis aquí planteada sigue un razonamiento similar al del posmaterialismo. Uno adquiere valores postmateriales toda vez que tiene garantizada una seguridad material, por tanto, la ruptura de dicha seguridad podría desencadenar un retroceso hacia prioridades materialistas. En este caso, el colapso de la economía podría conducir a un incremento de movimientos populistas como consecuencia de la búsqueda de seguridad, del mismo modo que la recesión económica o la guerra hacen que la gente otorgue mayor importancia a los valores de supervivencia.

4. Cambio en el panorama de investigación

En el escenario actual, la desafección se presenta como la reacción social ante las dificultades que enfrenta la política contemporánea, manifestándose como un indicio de una profunda crisis en el sistema político. Sin embargo, surge una paradoja: quienes se muestran críticos e insatisfechos con la política son, a la vez, los que más respuestas y acciones demandan de ella —véanse las vinculaciones existentes entre formas de participación online en redes sociales y desafección—. El activismo político utiliza Internet con visión política, al tiempo que se produce un alejamiento de la política (Cazorla-Martín, Montabes-Pereira, y Hernández-Tristán, 2023). De ahí que la desafección, entendida como el sentimiento negativo hacia los políticos, la política y sus procesos, y hacia un sistema incapaz de hacer frente a las demandas y necesidades de los ciudadanos, muestre una disrupción entre lo que podemos llamar sus indicadores personales/internos y los públicos/externos. Así se ha comprobado tanto para el caso español como europeo, recientemente (Megías, 2020; Megías y Moreno, 2022). Se detecta un incremento considerable del interés por la política junto con una mayor implicación política subjetiva, al tiempo que se está produciendo un descenso de la confianza en las instituciones políticas y en la actuación de los políticos en el cargo.

Esta circunstancia parece desafiar las tesis culturalistas defendidas por distintos autores (Montero et al., 1998; Montero y Torcal, 1990; Pharr y Putnam, 2000; Torcal y Montero, 2006; Torcal, 2006; Torcal y Magalhães, 2010) —desarrolladas más arriba—. Algunos de ellos han venido afir-

mando durante décadas que la desafección política, en tanto que actitud hacia la política, venía siendo extremadamente estable a lo largo del tiempo fruto de los procesos de socialización. Sin embargo, las tendencias seguidas por las dimensiones y los indicadores de desafección —como señalan las investigaciones recientes— llevan a replantear las explicaciones de orientación cultural, dirigiéndonos hacia un marco racional culturalista de mayor amplitud. Igualmente, cada vez son más las voces que dejan de lado las explicaciones exclusivamente culturalistas para dar paso a explicaciones que también contemplan y combinan, junto al enfoque clásico, orientaciones racionales y políticas (Fernández y Morán, 2014; Galais, 2008; Megías, 2020a; Megías y Moreno, 2022b; Megías Collado, 2018; Mishler y Rose, 2001; Morán, 2011; Soler-i-Marti y Balleste-Isern, 2024).

La eclosión de la crisis económica y financiera a partir del año 2008 y la manera en la que afectó a diversos países de la UE, acabarían cuestionando definitivamente estos supuestos sobre la naturaleza cultural, la impronta del pasado político y sus legados históricos (Inglehart, 1991, 1998; Inglehart y Welzel, 2006; Putnam, 2011) sobre las actitudes relacionadas con la desafección. Un elemento fundamental residió en los incrementos experimentados por la desafección en diferentes países, con independencia de sus niveles de partida. El rol reciente que parecen haber jugado la crisis económica y política sobre algunos componentes de esta desafección (Van Erkel y Van Der Meer 2016; Meer 2017; Torcal 2014, 2016b), como por ejemplo, la tendencia contrapuesta detectada en España entre desapego po-

lítico y desafección institucional¹³, reforzó el papel explicativo que los contextos específicos jugaban en la consideración y explicación de la desafección política.

La contrastación empírica del comportamiento diferencial y disruptivo de las dimensiones del desapego político y la desafección institucional, como componentes de la desafección política, permitió avanzar a los estudios sobre desafección, afirmando la existencia de una desafección política diferencial entre países que pone en duda que la desafección proceda únicamente de un largo proceso de acumulación cultural, siendo una actitud estable (Montero et al., 1998: 41; Putnam 2003, 2011; Torcal 2006, 2016a). Corroborando así que la desafección es una actitud cambiante que se ve influida de forma fundamental por las coyunturas políticas, económicas y sociales en los países europeos (Megías y Moreno, 2022a).

5. Reconceptualizando la desafección

A la luz de los resultados de las investigaciones citadas, observamos la necesidad de integrar dichos hallazgos en la conceptualización de la desafección política, dado que la previa, de la desafección como una actitud, no integra dichos resultados. Por ello, parece pertinente reformular el concepto de desafección política como un fenómeno de naturaleza multidimensional. El comportamiento diferencial de cada

13 Hasta fechas recientes ambos componentes presentaban un comportamiento paralelo, aumentaban o disminuían a un mismo tiempo. Ahora, en cambio, muestran una disrupción; lo que lleva a plantear nuevas preguntas de investigación en el marco de este nuevo contexto.

una de las dimensiones que conformaban el concepto original —desapego y desafección institucional— y los resultados de las investigaciones precedentes, por un lado, además de la importancia del contexto político, social y económico contemporáneo en su determinación, por otro, no hacen sino poner de manifiesto que si quieren abordarse análisis que capturen en su totalidad el fenómeno de la desafección, su abordaje, estudio, medición y análisis debe proceder de un modo separado, diferencial para cada una de dichas dimensiones, pero integral al conceptualizarse como un único fenómeno.

Este punto es especialmente relevante, puesto que, como se ha visto, los resultados de investigaciones recientes corroboran que, lejos de tratarse de una actitud estable, debe analizarse como un fenómeno sobre cuyas dimensiones puede ser importante la influencia del contexto.

Dados estos antecedentes, de cuyo resultado deriva un cambio en la esencia misma del concepto, esta aproximación al estudio de la desafección política pretende aportar un paso adicional en el estudio del fenómeno, proponiendo una nueva conceptualización, y por tanto de operacionalización y medición. Así, el fenómeno de la desafección política incluye distintas dimensiones que deben estudiarse separadamente. Por un lado, el desapego político (1) y, por otro, la desafección institucional (2).

La primera de estas dimensiones (1), se analizaría a partir de distintos indicadores, como son el interés por la política y la eficacia política interna. Sin embargo, llegados a este punto, es útil reflexionar sobre los instrumentos de medición del interés por la política.

Tradicionalmente se ha medido a través de preguntas que, con variaciones, responden a una formulación semejante a: “¿En qué medida diría que le interesa la política? Siendo sus categorías de respuesta: mucho, bastante, poco o nada”, u otro enunciado que responda al grado de seguimiento de noticias o información sobre política. No obstante, estudios relacionados con los sesgos de género (Ferrín et al., 2020; Fraile y Sánchez-Vitores, 2020) nos indican efectos mediadores del género sobre el interés por los asuntos políticos. Así, mientras estas formulaciones estarían captando la disposición hacia lo político de los varones, no registrarían adecuadamente la de las mujeres; ello debido a que, por el contrario, las mujeres mostrarían una inclinación a interesarse en mayor medida por asuntos políticos concretos, y no por la política en términos convencionales o por los aspectos relacionados con la competición electoral (Moreno y Seisdedos, 2024).

Asimismo, otros estudios sobre el otro componente —la eficacia política interna— también fortalecen nuestra posición de establecer nuevas formulaciones y formas de medición para la eficacia interna dada la importante brecha de género existente en las democracias contemporáneas. Esta brecha tendría su origen en los patrones de socialización de género, según los cuales los hombres son más propensos que las mujeres a ser socializados de manera que se enfatizan rasgos psicológicos como la asertividad, la predisposición al riesgo, la competencia o la autopromoción (Fraile y de Miguel Moyer, 2022: 9). Quienes asumen riesgos o se auto perciben como más dispuestos a asumirlos, sintiéndose más competentes, serían capaces de ejercer un rol más activo en política.

En ambos casos, nuestras propuestas subrayan la necesidad de considerar en la investigación social empírica el carácter masculino de lo político o, en otras palabras, el sesgo de género implícito en la configuración de los indicadores convencionalmente utilizados para la medición de estas cuestiones (Moreno y Ruíz Seisdedos, 2024).

En cuanto a la desafección institucional (2), la importancia de los factores políticos en la determinación de la desafección institucional, debe llevar a considerar en la medición que de la confianza en las instituciones se haga, única y exclusivamente instituciones vinculadas a los políticos y la política, tales como parlamentos, partidos y actores políticos, prescindiendo en su análisis de instituciones como las fuerzas armadas, la monarquía —instituciones no responsables—, o el gobierno, ya que el color de este último llevaría a consideraciones partidistas y evaluaciones que tendrían implicaciones diferentes de las del concepto de institución propiamente dicha. Resultaría muy difícil relativizar, realizar abstracciones y evaluaciones al margen del propio posicionamiento político e ideología (lo que puede corroborarse mediante un análisis de correlación simple).

Finalmente, el indicador de eficacia política externa, que completa la medición de la dimensión de desafección institucional (2) es el que menos cambios experimentaría respecto a su modo de medición actual. Los datos reflejados en estudios como los de Megías (2020a, 2020b) y Megías y Moreno (2022b), a través de análisis factorial confirmatorio, apoyan la propuesta de mantener su medida a través de las dos preguntas habituales acerca del grado de acuerdo con las fra-

ses “Los políticos no se preocupan por la gente como yo” “Lo que yo piense no importa” o “¿en qué medida diría Ud. que el sistema político en España permite a personas como Ud. tener influencia en la política?”

La propuesta anterior pone el acento en que, a la luz de los resultados de las últimas investigaciones, la desafección política no se consideraría como una actitud (ni necesariamente estable), sino como un fenómeno multidimensional, lo que no sólo comporta una conceptualización diferente (que integra los hitos fundamentales de las perspectivas anteriores de investigación, incluyendo las nuevas aportaciones de los últimos estudios), sino que además requiere, para su medición y análisis de planteamientos más sofisticados, en cuanto que resultan más abarcadores, integrando las distintas dimensiones del fenómeno.

6. Discusión

Si este estudio propone una nueva conceptualización de la desafección política, no podemos dejar de referirnos a una cuestión a cuya relación con la desafección no se ha prestado atención en las investigaciones sobre el tema.

Tal y como se ha puesto de manifiesto en la revisión teórica, la desafección política se ha estudiado tradicionalmente como una actitud hacia la política. En este sentido, al igual que con otras actitudes, convencionalmente se ha analizado la desafección al margen del impacto que las emociones tienen sobre ella. De hecho, a pesar de la importancia de los hallazgos previos, sabemos relativamente poco de la intersección entre emociones y actitu-

des políticas. Algunos estudios sí se han centrado en cómo la comunicación política puede facilitar la moralización de actitudes, aumentando la polarización política (Clifford, 2019), o en cómo las emociones interfieren en el comportamiento electoral y el apoyo a partidos populistas (Magni, 2017), pero no en cómo la presencia de determinadas emociones influye directa e indirectamente sobre distintas actitudes.

En este sentido, y conectando con la literatura sobre psicología política, deberían abordarse cuestiones sobre el papel que las emociones desempeñan sobre la desafección política.

La presencia de sentimientos como la angustia, la ansiedad, la ira o el enfado, especialmente estos últimos, conduce a la movilización política (Magni, 2017; Valentino, et al., 2011; Valentino et al., 2009; Weber, 2013) Este cambio de consideración en la importancia de las emociones vino de la mano del enfoque conductual, que argumenta que estas tienen efectos significativos tanto en los comportamientos de la ciudadanía, como en las decisiones políticas (Olumsuz, Kişilerin, Karar, y Nasil, 2021) y que ha hecho ganar importancia a los estudios empíricos, sobre todo experimentales (Druckman, Green, Kuklinski, y Lupia, 2006). También en este impulso investigador está jugando un papel significativo la extensión de la polarización política, donde los *issues* polarizantes como el aborto, el nacionalismo o la inmigración, entre otros, apoyados por una retórica política que promueve los *cleavages*, conectan con emociones que toman un rol predominante en el comportamiento, la toma de decisiones y el juicio de los ciudadanos (Erisen, 2017).

Aun así, el papel de las emociones en la configuración de las actitudes políticas,

continúa siendo un campo inexplorado, y es que, como subraya Jenkins (2018), hay una gran variedad de emociones implicadas en la desafección política que necesitan una explicación cuidadosa. Si conectamos las emociones con la literatura sobre desafección arriba expuesta, observaremos que si bien tradicionalmente se ha venido explicando que las actitudes cambian lentamente —resultado de procesos de acumulación cultural— los estudios recientes acentúan el peso de las coyunturas en el cambio de actitudes (Megías, 2020b, 2020a; Megías y Moreno, 2022). Aunque estos resultados de investigación no determinan qué elementos del presente influyen, sí queda claro que más allá del énfasis en la importancia de los factores demográficos y estructurales, debe haber algo que explique el cambio individual en las actitudes políticas a lo largo del tiempo.

Para entender estos cambios necesitamos entender el corto plazo, y ahí es donde las emociones pueden jugar un papel clave (Magni, 2017; Valentino et al., 2011), que las investigaciones sobre actitudes políticas no han solventado hasta la fecha.

7. Conclusiones

Este artículo parte de la necesidad de un marco conceptual distinto para la desafección política. Las últimas investigaciones arrojan resultados que parecen desafiar algunos de los saberes convencionales sobre la desafección. No obstante, el reto consistía en integrar estos nuevos hallazgos con los que constituían el marco teórico anterior. Es decir, que la aportación fundamental de este estudio consiste en una propuesta de conceptualización de la desafección política como un fenómeno

multidimensional, que integra en las diferentes dimensiones de la desafección, tanto las implicaciones de los resultados de las investigaciones recientes, como el saber acumulado en los enfoques y reformulaciones anteriores. En este sentido, la propuesta pretende actualizar el término, permitiendo que explique el fenómeno de forma más completa, más ambiciosa, al dar cuenta de nuevos aspectos. En definitiva, la nueva conceptualización de la desafección como fenómeno multidimensional responde a dejar de analizarla como una actitud, además de estudiarla como un fenómeno que ya no se presupone necesariamente estable o estructural. Ambos aspectos implican un cambio en la esencia misma del concepto, que precisa de una conceptualización más abarcadora, con el fin de integrar estas nuevas cuestiones, y que por supuesto implica cambios en su operacionalización y estrategia de análisis.

Por último, en la discusión se abre el debate sobre la inclusión de los efectos mediados de las emociones sobre la desafección, con la consecuente potencialidad explicativa respecto del actual contexto de polarización.

8. Bibliografía

Abad Cisneros, A., y Trak, J. M. (2013). Desafección política en Bolivia, Ecuador y Venezuela en 2010: un análisis comparado. *Cuadernos Del Cendes*, 30(82), 35-66.

Ahmed, S. (2014). *Cultural Politics of Emotion*. Edinburgh University Press.

Alesina, A., y Wacziarg, R. (2000). The economics of civic trust. In S.J. Pharr y R. D. Putnam (Eds.), *Disaffected Democracy*.

- cies. What's Troubling the Trilateral Countries?* (pp. 147-170). Princeton University Press.
- Almond, G. A., y Verba, S. (1989). *The Civic culture revisited*. Sage Publications.
- Almond, G. A., y Verba, S. (1970). *La cultura cívica: estudio sobre la participación política democrática en cinco naciones*. Euramérica.
- Bloch, E., Plaiice, N., Plaiice, S., y Knight, P. (1995). *The Principle of Hope, Volume 1*. MIT Press.
- Campbell, S. (1994). Being Dismissed: The Politics of Emotional Expression. *Hypatia*, 9(3), 46-65. <https://doi.org/10.1111/j.1527-2001.1994.tb00449.x>
- Catterberg, G., y Moreno, A. (2006). The individual bases of political trust: Trends in new and established democracies. *International Journal of Public Opinion Research*, 18(1), 31-48.
- Cazorla-Martín, Á., Montabes-Pereira, J., y Hernández-Tristán, M. J. (2023). Political Disaffection and Digital Political Participation in Latin America: A Comparative Analysis of the Period 2008-2020. *Societies*, 13(3). <https://doi.org/10.3390/soc13030059>
- Clarke, H. D., Dutt, N., y Kornberg, A. (1993). The Political Economy of Attitudes toward Polity and Society in Western European Democracies. *The Journal of Politics*, 55(4), 998-1021. <https://doi.org/10.2307/2131945>
- Clifford, S. (2019). How Emotional Frames Moralize and Polarize Political Attitudes. *Political Psychology*, 40(1), 75-91. <https://doi.org/10.1111/pops.12507>
- Dalton, R. J. (2000). Value change and democracy. In R. D. P. Susan J. Pharr (Ed.), *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?* Princeton University Press.
- Del-Castillo-Feito, C., Cachón-Rodríguez, G., y Paz-Gil, I. (2022). Political Disaffection, Sociodemographic, and Psychographic Variables as State Legitimacy Determinants in the European Union. *American Behavioral Scientist*, 66(1), 86-105. <https://doi.org/10.1177/0002764220981116>
- Downs, A., y Merino, L. A. M. (1973). *Teoría económica de la democracia*. Aguilar.
- Druckman, J., Green, D., Kuklinski, J., y Lupia, A. (2006). The Growth and Development of Experimental Research in Political Science. *American Political Science Review*, 100(4), 627-635. <https://doi.org/10.1017/S0003055406062514>
- Easton, D. (1965). *A Systems Analysis of Political Life*. Wiley. <https://books.google.es/books?id=AvsMAQAAMAAJ>
- Easton, D. (1975). A Re-Assessment of the Concept of Political Support. *British Journal of Political Science*, 5(4), 435-457. <https://doi.org/10.1017/S0007123400008309>
- Eckstein, H. (1988). A Culturalist Theory of Political Change. *The American Political Science Review*, 82(3), 789-804. <http://www.jstor.org/stable/1962491> http://www.jstor.org/stable/1962491?seq=1&cid=pdf-reference#references_tab_contents <http://about.jstor.org/terms>
- Erisen, C. (2017). *Political Behavior and the Emotional Citizen: Participation and*

- Reaction in Turkey*. Palgrave Macmillan UK.
- Fernández, L., y Morán, M. (2014). Encontrar la cultura: estrategias de indagación para el análisis sociopolítico. *Revista de Estudios Sociales*, 50, 43-56.
- Ferrín, M., Fraile, M., García-Albacete, G. M., y Gómez, R. (2020). The gender gap in political interest revisited. *International Political Science Review*, 41(4), 473-489. <https://doi.org/10.1177/0192512119860260>
- Fraile, M., y de Miguel, C. (2022). Risk and the gender gap in internal political efficacy in Europe. *West European Politics*, 45(7), 1462-1480. <https://doi.org/10.1080/01402382.2021.1969146>
- Fraile, M., y Sánchez-Vitores, I. (2020). Tracing the Gender Gap in Political Interest Over the Life Span: A Panel Analysis. *Political Psychology*, 41(1), 89-106. <https://doi.org/10.1111/pops.12600>
- Galais, C. (2008). *Socialización o contexto? La implicación política subjetiva de los españoles (1985-2006)*.
- Gamson, W. A. (1968). *Power and discontent*. Dorsey Press.
- Inglehart, R. (1991). *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. (1998). *Modernización y posmodernización: el cambio cultural, económico y político en 43 sociedades*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R, y Welzel, C. (2006a). *Modernización, cambio cultural y democracia: la secuencia del desarrollo humano*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Inglehart, R. (1971). The Silent Revolution in Europe: Intergenerational Change in Post-Industrial Societies. *American Political Science Review*, 65(4), 991-1017. <https://doi.org/10.2307/1953494>
- Inglehart, R. (1977). *The Silent Revolution: Changing values and political styles among Western publics*. Princeton University Press.
- Inglehart, R. (2005). Modernización y cambio cultural: la persistencia de los valores tradicionales. *Quaderns de La Mediterrània = Cuadernos Del Mediterráneo*, 5, 21-32.
- Jenkins, L. (2018). Why do all our feelings about politics matter? *British Journal of Politics and International Relations*, 20(1), 191-205. <https://doi.org/10.1177/1369148117746917>
- Jiménez, F. (2016). Los efectos de la corrupción sobre la desafección y el cambio político en España. In *La corrupción en España* (pp. 49-67). <https://doi.org/10.1017/CBO9781107415324.004>
- King, D. C. (1997). The Polarization of American Parties and Mistrust of Government. In D. C. King, J. S. Nye, y P. D. Zelikow (Eds.), *Why People Don't Trust Government* (pp. 155-178). Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv322v3xg.10>
- Klingemann, H.-D. (1998). Mapping Political Support in the 1990s: A Global Analysis. In Pippa Norris (Ed.), *Critical Citizens: Global Support for Democratic Governance*. (pp. 31-56). Oxford University Press.
- Lawrence, R. Z. (1997). Is It Really the Economy, Stupid? In Joseph S Nye, P. D. Zelikow, y D. C. King (Eds.), *Why People Don't Trust Government* (pp. 111-132). Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv322v3xg.8>

- Lijphart, A. (2000). *Modelos de democracia: formas de gobierno y resultados en treinta y seis países*. Ariel.
- Magni, G. (2017). It's the emotions, Stupid! Anger about the economic crisis, low political efficacy, and support for populist parties. *Electoral Studies*, 50, 91-102. <https://doi.org/10.1016/j.electstud.2017.09.014>
- Meer, T. W. G. Van Der. (2017). Democratic input, macroeconomic output and political trust. In *Handbook on Political Trust* (pp. 270-284).
- Megías, A. (2018). *Desafección política ¿estructura o coyuntura? : un estudio profundo en el contexto actual de crisis* [Universidad de Murcia]. <http://hdl.handle.net/10201/65840>
- Megías, A. (2020a). Changes in the nature of a decade-long crisis of disaffection. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 169, 103-122. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.169.103>
- Megías, A. (2020b). No es la economía, estúpido. La evolución del perfil del desafección español pre y postcrisis. *Revista Española de Ciencia Política*, 52, 85-120. <https://doi.org/10.21308/recp.52.04>
- Megías, A., y Moreno, C. (2022). Political disaffection in Spain's European neighbours: a stable attitude? *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 179(September), 103-124. <https://doi.org/10.5477/cis/reis.179.103>
- Megías, A. (2018). *Desafección Política ¿Estructura o Coyuntura? Un Estudio Profundo en el Contexto Actual de Crisis*. Universidad de Murcia.
- Miller, A. H., y Listhaug, O. (1990). Political Parties and Confidence in Government: A Comparison of Norway, Sweden and the United States. *British Journal of Political Science*, 20(03), 357. <https://doi.org/10.1017/S0007123400005883>
- Mishler, W., y Rose, R. (2001). What are the origins of political trust? Testing institutional and cultural theories in post-communist societies. *Comparative Political Studies*, 34(1), 30-62. <https://doi.org/10.1177/0010414001034001002>
- Montero, J. R., Gunther, R., y Torcal, M. (1998). Actitudes hacia la democracia en España: legitimidad, descontento y desafección. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 83, 9-49. <https://doi.org/10.2307/40184120>
- Montero, J. R., Gunther, R., y Torcal, M. (1998). Actitudes hacia la Democracia en España: Legitimidad, Descontento y Desafección. *Revista Española de Investigaciones Sociales*, 83, 9-49. <http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=757677>
- Montero, J. R., y Torcal, M. (1990). La cultura política de los españoles: pautas de continuidad y cambio. *Sistema: Revista de Ciencias Sociales*, 99, 33-74.
- Morán, M. L. (2011). La Cultura Política en España: interrogantes, debates y aportaciones. In UNAM (Ed.), *Cincuenta años de la cultura cívica: pensamientos y reflexiones en honor al profesor Sidney Verba* (pp. 101-122). Instituto de Investigaciones Jurídicas. <https://eprints.ucm.es/42861/>
- Moreno, C., y Seisdedos, S. R. (2024). El género en el voto. In P. Oñate, J. M. Rivera, y C. Ortega (Eds.), *Las elecciones generales de noviembre de 2019* (pp. 173-187). Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).
- Morlino, L., y Tarchi, M. (1996). The dissatisfied society: The roots of political

- change in Italy. *European Journal of Political Research*, 30(1), 41-63. <https://doi.org/10.1111/j.1475-6765.1996.tb00667.x>
- Norris, P. (1999). *Critical Citizens: Global Support for Democratic Government*. Oxford University Press.
- Norris, P. (2011). *Democratic Deficit: Critical Citizens Revisited*. Cambridge University Press.
- Nussbaum, M. (2008). *Paisajes del pensamiento: La inteligencia de las emociones*. Paidós. <https://books.google.es/books?id=TLApxwW1VR4C>
- Nussbaum, M. (2014). *Emociones políticas: ¿Por qué el amor es importante para la justicia?* Ediciones Paidós.
- Nye, J S, Zelikow, P., y King, D. C. (1997). *Why People Don't Trust Government*. Harvard University Press.
- Olumsuz, T., Ki ilerin, D., Karar, S., y Nasil, S. (2021). How Do The Main Negative Emotions Affect People ' s Political Decision Process ? : "Fear, Anxiety And Anger". *Journal of Academic Inquiries*, 16(1), 16.
- Orren, G. (1997). Fall from Grace: In Joseph S Nye, P. D. Zelikow, y D. C. King (Eds.), *Why People Don't Trust Government* (pp. 77-108). Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv-322v3xg.7>
- Palma, G. Di. (1970). *Apathy and Participation: Mass Politics in Western Societies*. The Free Press. Macmillan Company.
- Pharr, S J, y Putnam, R. D. (2000). *Disaffected Democracies: What's Troubling the Trilateral Countries?* Princeton University Press.
- Pharr, S J. (2000). Officials' Misconduct and Public Distrust: Japan and the Trilateral Democracies. In Susan J Pharr y R. D. Putnam (Eds.), *Disaffected Democracies* (pp. 173-201). Princeton University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctv39x5n8.13>
- Prokhovnik, R. (2012). *Rational Woman: A Feminist Critique of Dichotomy*. Taylor & Francis. <https://books.google.es/books?id=QQbrYqfr0vIC>
- Putnam, R. D. (2011). *Para que la democracia funcione: Las tradiciones cívicas en la Italia moderna*. Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Saikkonen, I. A. L., y Christensen, H. S. (2023). Guardians of Democracy or Passive Bystanders? A Conjoint Experiment on Elite Transgressions of Democratic Norms. *Political Research Quarterly*, 76(1), 127-142. <https://doi.org/10.1177/10659129211073592>
- Sampedro, V., y Lobera, J. (2014). The Spanish 15-M Movement: a consensual dissent? *Journal of Spanish Cultural Studies*, 15(1-2), 61-80. <https://doi.org/10.1080/14636204.2014.938466>
- Soler-i-Marti, R., y Balleste-Isern, E. (2024). Political disaffection or institutional adultcentrism? Youth perceptions of adult hegemony in institutional politics and policies. *Journal of Youth Studies*. <https://doi.org/10.1080/13676261.2024.2399611>
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: estudios de psicología social*. Herder.
- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1986). The Social Identity Theory of Intergroup Behavior. In S. Worchel y W. G. Austin (Eds.),

Psychology of Intergroup Relation (pp. 7-24). Hall Publishers.

Torcal, M. (2006). Desafección institucional e historia democrática en las nuevas democracias. *Revista SAAP*, 2(3), 591-634.

Torcal, M, y Montero, J. R. (2006). *Political Disaffection in Contemporary Democracies: Social Capital, Institutions and Politics*. Taylor & Francis.

Torcal, M. (2000). Partidos y desafección política. *Magazine, DHIAL*. https://www.academia.edu/712090/Partidos_y_desafección_política

Torcal, M. (2014). The Decline of Political Trust in Spain and Portugal: Economic Performance or Political Responsiveness? *American Behavioral Scientist*, 58(12, SI), 1542-1567. <https://doi.org/10.1177/0002764214534662>

Torcal, M. (2016a). Desafección Política en España en una perspectiva comparada. In F. J. Llera Ramo (Ed.), *Desafección política y regeneración democrática en la España actual: diagnósticos y propuestas* (pp. 79-115). Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Torcal, M. (2016b). Political trust in Western and Southern Europe. In *Handbook on Political Trust* (pp. 418-439). Edward Elgar Publishing. https://doi.org/10.1007/978-90-481-8531-3_25

Torcal, M, y Magalhães, P. C. (2010). Cultura política en el sur de Europa: un estudio comparado en busca de su excepcionalismo. En Mariano Torcal (Ed.), *La ciudadanía europea en el siglo XXI: estudio comparado de sus actitudes, opinión pública y comportamiento políticos*. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

Valentino, N. A., Brader, T., Groenendyk, E. W., Gregorowicz, K., y Hutchings, V. L. (2011). Election night's alright for fighting: The role of emotions in political participation. *Journal of Politics*, 73(1), 156-170. <https://doi.org/10.1017/S0022381610000939>

Valentino, N. A., Gregorowicz, K., y Groenendyk, E. W. (2009). Efficacy, emotions and the habit of participation. *Political Behavior*, 31(3), 307-330. <https://doi.org/10.1007/s11109-008-9076-7>

Van Erkel, P. F. A., y Van Der Meer, T. W. G. (2016). Macroeconomic performance, political trust and the Great Recession: A multilevel analysis of the effects of within-country fluctuations in macroeconomic performance on political trust in 15 EU countries, 1999-2011. *European Journal of Political Research*, 55(1), 177-197. <https://doi.org/10.1111/1475-6765.12115>

Villoria, M. (2006). ¿Por qué desconfiamos de los políticos? Una teoría sobre la corrupción de la política. *Revista Del CLAD Reforma y Democracia*, 34, 1-21. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=357533666002>

Weber, C. (2013). Emotions, Campaigns, and Political Participation. *Political Research Quarterly*, 66(2), 414-428. <https://doi.org/10.1177/1065912912449697>

Wildavsky, A. (1987). Choosing Preferences by Constructing Institutions: A Cultural Theory of Preference Formation. *American Political Science Review*, 81(1), 3-21. <https://doi.org/10.2307/1960776>

